VII

Don Manuel de Jota

Vestía á las seis de la mañana, iba á misa, tomaba chocolate, asomábase un rato á la ventana, rezaba el Pueri Dominum Laudate.

Era pues, Don Manuel, hombre cumplido.

Don Manuel Jiménez (que en el tintero se me había quedado el apellido), muy bueno y muy honrado caballero que tres veces mánago había sido y regidor décano, y tesorero de la Archicofradía del Sautísimo, de cuyo honor estaba orgullosísimo.

J. BATRES MONTUFAR

«Mi hermano es librepensador, yo soy católico.» Después de esta espeluznante profesión de fe, «tanteemos en describillo»:

Cincuentón, flaco, paliducho, estatura mediana, bigote caído, barba cerrada, voz débil, lenguaje correcto, índice siempre en acción, ojos melancólicos: (semblanza de inquisidor...)

Reza bastante y ha escrito muchos, pero muchos cuentos y articulitos de costumbres, y una epopeya en prosa, El atajo de Correque.

«Hace algo más de tres centurias entre el oscuro velo de tiempos coloniales, en un naciente caserío, cuyo nombre no me es dable recordar, habitaba un altivo y heroico cacique. En su vida vieron los conquistadores varón como ése, asaz valeroso y de bien probados pujanza y arrojo; cuya historia me viene en mientes referiros...»

Como diputado, es bueno, humilde, resignado y pacificador, se diría la paloma con la rama del olivo ó el arco iris de la Cámara. Sólo hay en su carrera parlamentaria «un pequeño lunar», como dijo el patricio Chequelito, sí, un pecadillo venial, que se perdona con agua bendita, y que ya refirió á ustedes ese gracioso bribón de Hine:

Por mandato soberano
de Richard que el cetro ostenta,
en la Cámara se sienta
don Manuelito su hermano.
Levanta su seca mano,
el llanto su voz comprime,
y haciendo un gesto sublime,
en pro del Tratado vota,
sin ver que á sus pies, ya rota,
su opinión solloza y gime,

Pronósticos reservados: (No llegará como su hermanito menor á la Presidencia; pero morirá en olor de santidad y alcanzará la vida eterna). Así sea.

VIII

Don Pedrito

(El de Grecia)

Es Japonés, por los ojos, nariz, mostacho y pómulos, adora el silencio como Sócrates y tiene la gravedad de un pollino que fuera á la vez diputado y filósofo. Adormitado en su pupitre tiene la elocuencia de una resma de papel en blanco. En su boca no entrarán moscas ni tampoco ideas en su cerebro embotado.

Cuando sale al patio á desentumirse al sol, me entran serios temores de que le caiga una albarda del cielo...

Presumo que debe ser éste el último de los griegos...

Paul Libby